

Cicatriz

Mariel Alelhy Apodaca Barreras

Hay pedazos que podrás abandonar cuando los pongas en manos de Dios.

Hay heridas que podrás curar cuando sinceramente estés dispuesto a perdonar. Y hay heridas que, con todo el amor, no podrás curar. ¡Tienes que dejarlas!

Phil Bosman, 1996

A gran velocidad el cielo comienza a cerrarse, la ventisca y el polvo dañan mis ojos, pero continúo mi camino. Mi cabeza se moja con la lluvia que empieza a caer, el agua esta fría, no sé si correr o detenerme.

Siento que resbalo, voy muy aprisa. El viento es muy fuerte, azotador, cargado de enormes gotas que se estrellan en mi frente y que una tras otra caen sobre todo mi cuerpo.

El cielo se estremece, creo que siente la misma angustia y melancolía que yo. No puedo ver muy bien, pero sigo corriendo; por instinto sigo el mismo camino de siempre.

Todo fue muy rápido.

Al fin llego a la puerta de mi casa, me detengo, el silencio retumba en mis oídos. La travesía se repite ante mis ojos como película en cámara rápida; la gente corría y se atropellaba como desquiciada, otros —desde sus hogares o puestos— observaban la histeria de todos, yo sólo escuchaba mis pasos y mi respiración cada vez más rápida y agotada.

Suspiré profundamente al tener por fin un claro refugio para mi ser. Me detuve con gran fuerza a causa del impulso que llevaba. Por fin pude abrir los ojos, volteé a mi alrededor y, en segundos, todo estaba revuelto, inundado, había hojas caídas de los árboles y

basura por doquier. Mis sentimientos van y vienen como el viento de la oscuridad, al igual que gran parte de mi vida.

Mi mirada triste y desalentada no creía lo que veía, y mi cuerpo está sin fuerza, cansado de luchar...

¡Un recuerdo vuelve a mi mente!

El clima cambiaba, los días pasaban y pasaban... El silencio inundaba mi espacio, tibio y tierno, pero a la vez tan vacío; los sollozos no me dejaban dormir. De pronto había murmullos, gritos desahogados, todos hablaban y yo me asustaba cada vez más, pero no podía ver lo que pasaba afuera. Me angustiaba, sólo sé que me dolía y también lloraba...

"Mamita, ¿qué pasa? No llores más, ¿por qué ya no me hablas, no me acaricias? Aquí estoy yo también, mi hermanita se fue al cielo, pero no te preocupes que ella nos cuidará. ¿Por qué no estás feliz?, ¿no entiendo! ¿Por qué me desprecias y no quieres que nazca? ¡Mamita, yo te amo!, no me hagas a un lado, no me ignores, no dejes de quererme..."

Una noche de otoño —noche que en ocasiones no sé si festejar o lamentar—, en la madrugada del 25 de octubre de 1985, llegué a este mundo cruel. Mis padres vivían en el Valle del Carrizo, área rural donde no había un hospital en el que atendieran partos, por lo que tuvieron que salir con prisa a la ciudad más cercana, Los Mochis, a poco más de una hora de camino.

Y, sin saberlo, me recibirían —tan pequeña e indefensa— en un ambiente triste e inhóspito, donde a partir de ese momento tendría que soportar y luchar contra muchas adversidades.

Pasados tres años, mi vida comenzó a ser cada vez más extraña. Viví rodeada de un gran secreto, el cual aún no descifro bien. Crecí bajo la sombra de un terrible accidente en el que murió mi hermana cuando apenas tenía tres años, un mes antes de mi nacimiento. Aunque parezca ilógico, en mi familia nunca se habla nada al

respecto y no tengo idea de lo duro que pudo ser, sólo sé que mi llegada no fue tan grata, que me hicieron a un lado cuando ape-nas era una niña, que me miraban con recelo y lástima y, al mismo tiempo, que me sobreprotegían. Además, recuerdo que mi madre alguna vez me dijo que, cuando estaba recién nacida, me despreció terriblemente. No la culpo ni le reprocho nada, pues no debió ser nada fácil por lo que pasó, pero sin duda sus palabras me desgarraron y aún no las olvido.

Siempre tenía preguntas en el aire sobre mí, acerca de por qué la gente que me conoció de niña me contaba cosas desagradables que yo en realidad no recordaba mucho, es más, casi nada, pero desde que mi madre dijo esas palabras estruendosas que retumbaron en mi corazón y en mi cabeza, comencé a comprender, a hilar los sucesos... Despertaron unos cuantos recuerdos, mis acciones y sentimientos más arraigados, y empecé a descubrir mis respuestas.

No es fácil tener la infancia que tuve, pero tampoco imposible; lo que fue muy difícil soportar fue el desprecio de mi propia madre, sumado a la histeria y el mal carácter de mi padre. Además, una familia poco confortante provocó severos trastornos en mi cabeza, porque ahora que lo pienso, esa niña endemoniada que todos recuerdan —y de la que nadie averiguó por qué era así ni intentó ayudarla—, no pudo salir de la nada.

Tanta violencia psicológica tuvo repercusiones, y la más afectada y en la que menos se fijaron fui yo. Esa niña misteriosa y seria, que no hablaba mucho, tímida, vergonzosa, que nunca jugaba con nadie y que, siguiendo el terrible ejemplo de su padre, hacía lo que quería ante una triste madre frágil. Todo era a mi antojo y, por mi carácter dominante, nadie me soportaba mucho. Lamentablemente, me guste o no, ésa fui yo...

Nunca me gustó compartir nada, sólo cuando yo quería; cuidaba en exceso mis cosas, no permitía siquiera que me despeinara una muñeca —desde entonces buscaba la perfección en todo—, aunque, contradictoriamente, les trasquilaba el cabello cuando me parecía, sin que nadie se atreviera a decirme algo.

Tal vez hice demasiadas tonterías, pero era una niña de tres o

cuatro años, ¿qué tan consciente podía ser? No era mi culpa actuar con tanta maldad y recelo, tenían que comprenderlo, pero en aquellos tiempos —y para colmo en un pueblo— no había mucho que analizar y razonar, y no hubo manera de ayudarme.

También tuve acciones violentas. Mi pobre madre, que se rompía la cabeza pensando en lo que nos daría de comer al día siguiente, si no me daba o compraba lo que yo quería, terminaba golpeada, aturdida, avergonzada y atormentada por el terrible berrinche que hacía en cualquier lugar; lloraba, berreaba, gritaba, pataleaba, brin-caba, me arrastraba y revolcaba donde me apetecía. Fui de lo peor, pero una vez más pienso que no era mi culpa. La mayor parte de mi conducta se la debo a la cavernícola mentalidad de mi padre.

Sonará mal que lo diga así, pero es el típico macho al que enseñaron o aprendió —no lo sé— a mandar, a imponer, a gritar, a estrellar el plato en la pared o en el piso si no le gustaba la comida o cualquier mínimo detalle, eso acompañado de gritos, insultos, humillaciones y reproches hacia mi madre, y a mí de paso. No sé por qué era y sigue siendo así. Tal vez trae cargando un oscuro trauma, oscuro porque nunca platica absolutamente nada, todo se lo traga y lo esconde. Y, pensándolo bien, quizá también su mal humor es producto de “aquel terrible accidente”, tal vez... Nunca lo sabré.

En un sueño vago, o bien como pesadillas que regresan, tengo presentes las noches en que mi madre y yo por fin descansábamos, y ya dormidas, en plena madrugada, llegaba mi padre borracho, estrellándose, tirando todo a su paso y, para variar, gritando, haciendo un escándalo intolerable y, por si fuera poco, tirando balazos al aire. Ese ruido que taladraba mis oídos y mi corazoncito jamás lo olvidaré (está bien que viviéramos en un pueblo o rancho, pero no eran los tiempos de los vaqueros en el oeste). ¿Cómo era posible que hiciera tal barbaridad? Qué aberrante, qué tristeza, qué espanto. Viví aterrada por él; no concebía siquiera que se me acercara porque me ponía a temblar y a llorar de miedo. ¡Qué increíble! Un padre causando tanto temor a su hijita de apenas cinco años... Increíble, pero sucedió y

sucede en muchas familias, además de la mía. La violencia intrafamiliar psicológica destruye personas y hogares. ¡Qué tortura tener que soportar eso y más!

Mi única gran amiga se llamaba Auxilia, con ella compartía todo, incluso mis muñecas y demás juguetes. Paseábamos juntas por todo el solar, platicábamos y reíamos armoniosamente por horas, sin sentirme observada por nadie, y eso que mis padres y demás familiares me espiaban, asombrados de mi amabilidad hacia aquella persona a la que atendía tanto, a la amiga a quien incluso le ponía una silla a mi lado, ¡y pobre del que se sentara ahí!, resultaba regañado. Yo reclamaba: “¿Qué no la miras? ¡La aplastas!” Era mi gran amiga imaginaria, mi compañera fiel, que desapareció sin darme cuenta el día que nos fuimos de esa casa. En realidad no supe exactamente cuándo dejé de verla, sólo sé que de pronto noté que ya no estaba. La mayoría piensa —y no suena tan descabellado— que probablemente mi amiga pudo ser mi hermana...

Un día mis padres y yo subimos a un coche y partimos con rumbo desconocido para mí. Llegamos a la ciudad de Los Mochis y repentinamente me encontré en mi nueva casa; un cambio muy radical. No era precisamente una casa, más bien era una bodega que, además de no estar dividida en cuartos, tenía las ventanas selladas con madera y un patio considerablemente espacioso lleno de hiedra. En la mera esquina de éste se encontraba el baño, ¡qué horror!, todo en ese lugar estaba enyerbado, lleno de polvo y sin vida, además de estar habitado por coralillos, serpientes, alacranes, y no sé qué tanto bicho más.

Llegué a un lugar totalmente diferente de lo que yo estaba acostumbrada, donde las calles eran angostas y pavimentadas y la gente vivía una casi encima de otra. ¡Qué contradictorio! Supuestamente el cambio era para vivir mejor, por el trabajo de mi padre, y porque yo ingresaría por primera vez a la primaria. El primer gran

cambio de mi vida que debí soportar a mis cortos cinco años.

Mi madre, una mujer con un enorme y triste pasado, tan callada y silenciosa como de costumbre, con toda su voluntad y esfuerzo logró estudiar alta costura por correspondencia, y gracias a su trabajo ayudaba a sufragar nuestros gastos más necesarios, pues aunque mi padre ganaba poco, decía que el dinero era suyo y de nadie más; siempre nos hizo sentir que recibíamos su limosna, que le costaba mucho comprar algo para comer o simplemente dar para unos calzones nuevos, lo que fuera, era demasiado pedir.

Era terrible que a mi madre no le alcanzara el dinero, a pesar de las friegas que se llevaba cosiendo y de todo el trabajo doméstico, porque sólo pensar que teníamos que pedirle a mi padre, nos aterraba. Y no quedó de otra, tuvimos que aprender a vivir en esas condiciones durante todo un año.

Durante mucho tiempo mi madre se levantó temprano para llevarme en pesero a la escuela, que estaba un poco lejos y a la que odiaba ir. Nunca percibí un ambiente cálido y amistoso en esa aula; pasaban los días y yo no lograba encajar. Mi maestra de primer año era una mujer horrible en todos los sentidos: gritona, imponente, mandona, malencarada y grosera, me humillaba delante del grupo porque no aprendía a leer, como si fuera tan agradable tener que oírla vociferar, además de los gritos que soportaba en mi casa; todo aquello, sumado a su fea cara y mantecoso cuerpo, fue suficiente para bloquearme y no entender nada.

Era fastidioso todo lo que me ocurría. Lloraba por las noches para que no amaneciera y rezaba porque el día se terminara; despreciaba ir a la escuela, hasta que, por fin, no sé cómo, un día llegó a mi vida una joven rubia, de cabello chino, blanca, de rostro agradable y voz tierna que se acercó y me dijo que sería mi maestra por las tardes.

No muy convencida y aterrada por mis experiencias, no me atreví a verla ni a hablarle. Mi madre me subió al coche de la joven y me dijo: "Pórtate bien, más tarde nos vemos". No comprendí muy bien, pero me fui. El camino era desconocido y polvoriento, no muy ame-

no: en realidad no había mucho que ver. El destino era una escuelita muy humilde, un poco alejada de Los Mochis, como a veinticinco minutos, y donde, por increíble que parezca, en menos de tres clases aprendí a leer, lo que en un ciclo escolar no logró la otra maestra (aún no me explico cómo es que sigue dando clases).

De nuevo nos cambiamos de casa. Ésta era demasiado pequeña; sala, comedor y recámara eran un solo espacio, muy reducido, y bas-taba estirar el brazo para encontrarse dentro del pequeñísimo baño.

Amontonados entre muebles viejos y apolillados, nada había cambiado. La misma rutina familiar, el ambiente tenso y trágico continuaba, mi vida seguía igual o peor, la diferencia era que ya empezaba a defenderme, ya era un poco mayor y comenzaba a tener conciencia de lo que sucedía en mi entorno. No sé si me afectaba más o menos darme cuenta de cómo eran las cosas en realidad, pero me da mucha tristeza recordarlo.

Un día, al salir de clases, esperaba que mi padre llegara por mí. Veía cómo todos los niños corrían, reían, saltaban, y uno a uno desaparecían con sus respectivos padres. El espacio se hacía más inmenso al quedarme sola, los árboles eran cada vez más grandes, el viento soplaba más y más fuerte para mi angustia, el silencio re-tumbaba en mis oídos, mi corazón se aceleraba, tenía miedo, mis ojos se cristalizaban, estaba realmente desesperada. El siguiente turno había llegado, tomaban ya sus clases, y yo y mis tripas hambrientas seguíamos ahí. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué nadie iba por mí? Pensé en regresarme sola, y así, decidida y valiente, comencé a caminar. Las calles se hacían cada vez más largas y las casa más altas, los fuertes rayos del sol me mareaban, me desubiqué y me sentí perdida. Claro, era imposible que una niña de seis años regresara sola a su casa, caminando y en plena ciudad; no era como cuando tenía tres años y escapé por la ventana de una recámara en casa de mi abuela y atravesé todo el Valle del Carrizo hasta llegar al DIF, donde mi madre daba clases de corte y confección; obviamente casi se in-

fartó, sorprendida de encontrarme ahí, sola. Para colmo, cuando mi madre y yo regresamos a casa de mi abuela, nos la encontramos con su sonrisota fingida e hipócrita: “¡Ay!, ¿qué no estabas en el cuarto? Ja, ja, ja, qué risa”. ¿Cómo pudo tener semejante ci-nismo? Aunque sabía lo que había sucedido con mi hermana, se notaba que no le importaba por la atención que me ponía.

¡Claro que no era igual!, no llegaría tan fácilmente. Me desesperé y solté el llanto, iba como Magdalena por la banqueta y con muchísima hambre, sentía que las tripas me devoraban. Sin pensarlo me detuve en la puerta de una casa donde la familia comía. Una mujer, alarmada, salió de la casa, se me acercó y me preguntó qué sucedía. Con miles de pucheros y chillidos logré explicarle lo que me pasaba y amablemente se ofreció a llevarme a casa; no lo dudé ni un momento.

Lo curioso fue que en auto sí pude dar con mi casa, y ¡oh, sorpresa!, no había nadie en casa. Tuve que quedarme con los vecinos. Mi madre andaba como desquiciada buscándome por toda la escuela y sus alrededores, y todo porque a mi padre se le olvidó ir por mí (no lo puedo creer todavía, pero así fue). Derrotada, re-gresó a casa. Su gran alivio fue encontrarme ahí, el resto no lo recuerdo, pero como se imaginarán, hubo muchos gritos, insultos, reproches y reclamaciones.

¡MI MAMI ESPERA UN BEBÉ!

Ya tenía ocho años, cuando una vez más nos cambiamos de casa. Esta vez por fin sería propia. El 19 de noviembre de 1993 nos mudamos a nuestra casa, no era muy grande, pero era nueva y es-taba linda.

Con tanto ajeteo, mi madre, que tenía ocho meses de embarazo, dio a luz a mi hermanito al día siguiente. Ése era Pavel, un be-bé precioso que llegó a destrozar todos mis juguetes y muñecas que tanto

cuidé. Todos querían verlo y cargarlo, era mi gran envidia, me sentí aún más ignorada y despojada. Estaba acostumbrada a que todo fuera para mí, pero desde ese momento todo cambió.

¡Oh, no! A mis escasos diez años de edad llegó mi mayor tormento, y como niña ingenua no me di cuenta. Es como si fuera ayer. La escena fue así: mi padre en el comedor, mi madre salía de su recámara y yo del baño, renegando como de costumbre. Le referí a mi madre en voz muy alta: “¡Ay, no! ¡Tengo como tres días que traigo sucio el calzón y no entiendo por qué, si no he hecho popó!” De inmediato todo se paralizó, las miradas tensas y azotadoras se fijaron en mí. “¡¿Quééééé!?”, dije. No me di cuenta de lo que me sucedía hasta que mi madre me explicó. ¡Qué vergüenza!, me pu-se de todos colores; siempre yo de imprudente. Mi menstruación había llegado y yo misma me encargué de publicarlo, tal vez la calle completa se enteró.

Y desde ese momento mis hormonas comenzaron a hacer de las suyas. Si ya de por sí había crecido entre burlas, críticas destructivas y humillaciones, además de las constantes recriminaciones que desde pequeña recibí de una tía que se creía perfecta... No era a la única que criticaba, pero yo estaba más sensible a sus señalamientos. Su risa burlona aún no la olvido; sólo era una niña y me criticaba mis zapatos feos o viejos, me señalaba lo horrible que se me veía tal ropa, se burlaba y se reía en mi cara, con aquel aire egocéntrico, siempre fueron así sus comentarios, no abría la boca para nada más; me dejó marcada con traumas.

Cuando por fin terminé la primaria y entré a la secundaria, traté de ignorarla, al igual que a sus comentarios, pero el daño ya estaba hecho, sus insultos estaban muy grabados en mi cabeza.

Ver los cuerpos de las demás y el de las artistas y modelos en cada comercial o programa de televisión, el estúpido estereotipo de cuerpecito diminuto y perfecto, que sólo logran cosiéndose la boca y tasajeándose el cuerpo con muchísimo dinero, me hicieron muy insegura y acomplejada, y a toda costa quería ser lo que todo el mundo me exigía que fuera, todo menos yo misma, y yo era muy

diferente de eso.

Me dolió demasiado. Me miraba al espejo y me odiaba cada vez más. Odiaba y odié mi cuerpo con toda mi alma por muchos años. Lo triste era que no disfrutaba nada, no soportaba salir a la calle porque me verían, no me gustaba ir a las fiestas porque me sentía deforme, creía que no valía nada, todo por no ser perfecta, qué ironía...

Los grupitos de amigas comenzaron a formarse. Yo también tenía mi círculo, a pesar de todo, a pesar de mis conductas y pensamientos. Mi carácter se tornaba fuerte, luchaba por ello; siempre traté de ocultar mi baja autoestima, me esforzaba por sentirme bien, pero sola no podía. Además, la etapa de la secundaria quedó marcada en mi vida por algo mucho más fuerte que eso.

Cerraba mis ojos y lo seguía viendo, tapaba mis oídos y lo seguía escuchando, quería dormir para olvidarlo, pero en mis sueños se volvía a repetir, seguía recordando, me seguía atormentando.

Ilusionada llegué de la secundaria, entusiasmada y contenta porque estrenaría zapatos y ropa. Mis amigas me esperaban en casa de una de ellas, era el gran día, festejaríamos al máximo, reiríamos como locas, pensaba disfrutarlo en verdad, todo eso y más porque era mi cumpleaños. Casi estaba lista, como pocas veces, tenía una gran sonrisa en el rostro, mi vida empezaba a cambiar, que-ría disfrutar, reír... pero poco a poco mi sonrisa se fue borrando, segundo a segundo, hasta desaparecer, y mis ojos comenzaron a inundarse después de escuchar lo que me decía mi triste madre. Yo nunca noté que pasaba algo, ya que su actitud siempre era serena y callada; menos lo sospeché por la euforia que yo sentía.

“No te lo quería contar hoy, pero no aguanto más —fría y brusca-mente me lo dijo—: tu padre tiene otra mujer.” Mi corazón se rompió en mil pedazos, mi rostro se pasmó y se llenó de tristeza, mi mirada se tornó gris. Qué impacto. Estaba destrozada, con el estómago y la cabeza revuelta. El mundo caía sobre mí. Sólo lloré, lloré, lloré y lloré por mucho tiempo, no supe cuánto. Estaba desconsolada y sola, ¿por qué en mi cumpleaños?...

De momento no reaccioné, pero segundos después mi cuerpo y mi alma se llenaron de odio y resentimiento. Jamás imaginé que a mí me sucedería eso, ¿por qué la vida se empeñaba en lastimarme?, ¿qué había hecho para merecerlo?, ¿los errores de quién estaba pagando? No lograba comprender la situación, no era posible.

Ya algo desarreglada, salí de mi casa. Tenía que evadir esa realidad por un momento. En el camino me encontré a mis amigas que, desesperadas por mi demora, se dirigían a mi casa. Me cuestionaron; no podía más. Caminamos en silencio por varias cuadras, no veía ni escuchaba nada, sólo caminaba. Al fin quise hablar y me solté llorando; como pude traté de contar lo que me pasaba. Éramos apenas una niñas, ¿qué consejo me podían dar? Sólo teníamos doce años y eran lo único que tenía: mis amigas. Aun así me supieron apoyar y nos fuimos a distraer un poco, no me dejaron sola en ese momento tan difícil, pero qué tanto podía disfrutar después de todo...

Era lunes y mi padre trabajaría esa noche —era chofer de ambulancia— y tratando de evitar que yo enfrentara la tragedia, mi madre me envió a la casa de una vecina, supuestamente para que no presenciara sus horribles pleitos. Todo resultó igual o peor. La hija de la vecina me invitó a caminar para distraerme y lo único que logró fue lastimarme más, pues en la plática la ignorante me dijo hasta dónde vivía la otra (a dos cuadras de mi casa) y que esperaba un bebé; encima me hacía preguntas inoportunas, ¡cómo la aborrecí en esos momentos! Cada paso que daba sentía que mi sufrimiento crecía, no podía más. No concebía lo que estaba sucediendo; no sé si fue esa misma noche o la siguiente —tanto perdí la noción del tiempo—, pero como era de esperarse, tenía que enfrentarlo, enfrentar a quien tanto daño me había hecho. Terminé repudiándolo y despreciándolo. Si yo vivía tratando de olvidar el pasado, al sumarle esto me había perdido totalmente, no sabía qué pensar, todo me daba vueltas, estaba realmente devastada... No quería que se me acercara, ni verlo, quería que desapareciera o desaparecerme.

Lo intenté. Por duro que parezca, meses después los gritos e

insultos seguían y yo no los soportaba, eran a toda hora, todos los días. Mi realidad no me agradaba, no la aceptaba; mis traumas e inseguridades revivieron en mi cabeza, me sentía humillada, observada, señalada, pero sobre todo sola, muy sola. Dejé de quererme, por mi mente pasó la idea de que yo no hacía falta, que estorbaba y que para todos sería más fácil si desaparecía, si dejaba de existir.

Estaba muy cansada, cansada de gritar y no ser escuchada, de gritar que necesitaba amor y atención, agotada de luchar. ¡Cómo me dolía no quererme, no aceptar ni mi cuerpo ni mi realidad!

Un día intenté quitarme la vida —que Dios me perdone, pero lo intenté—. Mi cuerpo comenzó a flaquear, a sentirse muy débil, hasta que dejé de sentirlo. Mi visión se hacía cada vez más oscura, por más que trataba de abrir los ojos, no lo lograba; mi pulso pasó de muy veloz a muy lento por la falta de sangre y oxígeno. Me asusté y me arrepentí de lo que había hecho; muchas imágenes pasaron por mi mente en milésimas de segundo, quedé inconsciente...

Cuando por fin terminó ese recorrido existencial, cansada y agobiada por el gran sufrimiento que me provocaban mis seres queridos, caminé por un lugar que nunca había pisado y que jamás había visto. Era hermoso y tranquilo, pero a pesar de todo no deseaba estar allí, extrañaba a mi familia, a mis amigos, y sobre todo a mi madre, que una vez más se quedaría sola al quitarle un pedazo de su ser: “Te extraño, madre mía, y no quiero verte padecer. ¿Por qué?, ¿por qué tuve que irme yo primero? ¿Por qué esta maldita situación me arrebató de tus brazos cruelmente? No es justo, no mereces tanto dolor”.

Un viento suave y fresco acariciaba mi rostro y mis cabellos, el aroma era muy agradable, una exquisita mezcla de tierra mojada, pino húmedo y gran variedad de flores y plantas, todo sublime. Camino descalza y mis pies sienten el fresco y suave pasto que cubre el suelo. Muy triste voy sin rumbo, observo el lugar tan bello, sin detenerme en nada en particular, hasta que mis ojos se cruzan con una tierna mirada. Quedé pasmada ante su presencia —¿cómo no la descubrí

antes?—. Es ella, tan blanca y fina, con su cabello largo y rizado, muy negro, al igual que sus ojos que brillan como dos estrellas; sus labios son pequeños y rojos; muy alta, por cierto. Nunca antes la había visto, pero sé que es ella. Mi corazón late fuertemente, él me lo dice, todo mi cuerpo vibra de emoción, es una sensación que no tuve antes, sorprendente; mi alma se llenó de completa felicidad al ver por fin a mi hermana, a la que nunca conocí, a la que Dios se llevó sin que la viera ni una vez.

Mis ojos llenos de lágrimas casi no la percibían, pero sentí su fuerte abrazo y lo correspondí igualmente por el gusto que me daba encontrarla. Por un momento olvidé lo que me afligía, pero al preguntarme ella cómo me fue en la vida, volví a recordar mi dolor, me sentí en el abismo de un profundo hoyo negro del que no podía salir. Quería estar feliz con mis seres queridos, pero también era fascinante conocer un mundo distinto, aunque tal vez no me correspondiera estar ahí.

Tenía necesidad de volver y decir muchas cosas que nunca dije, de dar las gracias, perdonar y pedir perdón: no estaría del todo contenta aquí, sabiendo que dejé tantos pendientes.

Quiero regresar. Sé que estoy aquí, pero mi alma no descansará. Tenía que sentir un poco de alivio, así que me arrodillé en ese lugar y lloré, lloré y lloré. No entendía la situación, pero quería regresar, gritaba e imploraba mi regreso.

Reconozco mi egoísmo y por eso me atrevo a pedir una segunda oportunidad. En un suspiro y sin pensarlo, mi cuerpo desvanecido y sin fuerza cayó de golpe al suelo, de regreso en mi habitación. Los latidos de mi corazón palpitaban en las yemas de mis dedos de lo fuerte que eran, parecían salirse por mi boca, percibía cómo cada cabello se movía ligeramente al ritmo de mis latidos, nunca me sentí tan viva a pesar de todo.

Sentí como si fuera mucho el tiempo que dejé a mi familia, estaba arrepentida, pero mi realidad me consumía. Me fui debilitando poco a poco, mi cuerpo era pesado, ya no podía con él. No quería que

nadie me viera sufrir, ya no deseaba estar así, ahora me daba cuenta del error cometido.

Nunca valoré tanto la vida —un trago amargo pasó por mi garganta—, no era la misma luego de aquel viaje, mucho menos con la tristeza que se percibía en el ambiente. Una lágrima corrió por mi mejilla. Mi realidad seguía ahí, me dolía tanto esa imagen en mi memoria, mi corazón se partía, ¿cómo era posible? Ese hombre tan rudo, tan fuerte e imponente, que toda la vida me humilló, me maltrató y me maldijo, que tanto me dañó y me hizo sufrir, que pro-vocó este coraje por el que lloré tantas veces en mi soledad, ¿por qué nunca estuvo a mi lado? Nunca me dijo: “Te quiero, hija” ni me dio un abrazo del alma; toda la vida me la pasé esperando siquiera una mirada tierna de él. No sé si me destruyó o me hizo más fuerte, no sé si fue malo, pero así sucedió. Y aún sigo esperando.

Tanto rencor acumulado en mi corazón me impidió perdonarlo cuando pude, lo rechacé porque aún me dolía. Lo que no sabía es que jamás dejaría de dolerme, que simplemente tenía que perdonarlo, pero no pude hacerlo. Tal vez eso fue lo que no permitió que mi familia creciera y que viviéramos en constante discusión, tal vez es mi culpa; sin ello, quizá, yo tampoco estuviera muerta de tristeza. ¿Por qué sigo provocando dolor por todas partes?, ¿por qué quise remediar o evitar el sufrimiento? Me equivoqué.

Lo más penoso es que nadie lo notó. Tenía que levantarme sola de esa terrible caída una vez más. Y lo logré. Intenté salir adelante, traté de no pensar, de disfrutar. Pasaba el tiempo y no conseguía desterrar totalmente mis tormentos, pero no cabe duda de que siempre hay una luz en el camino que nos guía, sólo hay que saber distinguirla.

Dios tocó mi alma y mi corazón de la manera más perfecta y sublime en el momento adecuado. Fue a mis dieciséis años cuando yo y Él tuvimos un hermoso encuentro que jamás olvidaré, una experiencia imborrable. Fue en un retiro espiritual donde realmente volví a nacer, al igual que mis deseos de luchar.

De alguna manera tenían que ayudarme, pero como nadie lo hacía, yo no me permitiría hundirme cada vez más en el fango. A pesar de todo, siempre he tenido ganas de salir adelante, deseos de ser mejor, de tener y dar una vida totalmente diferente a la que me dieron. Gracias, Dios, por darme tu mano y tu fuerza para levantarme, por llenarme de fe y esperanza, por abrirme los ojos, por brindarme tu hombro para llorar y tu enorme corazón para consolarme, para seguir cargando esta cruz tan pesada. Te amo, Señor, gracias.

Por fin alguien me escuchó y me comprendió.

Lejos de todo y de todos fue mi encuentro; lloré, grité, me arrodillé, le supliqué, le entregué mi vida y mi cuerpo entero implorándole perdón, resignación y fortaleza para seguir adelante: "Haz de mí lo que quieras, Señor".

Tocó mi corazón de una manera tan especial, lo tomó entre sus manos, lo enmendó y lo sanó. Las cicatrices quedan, pero al estrecharme entre sus brazos pude sentir su grandísimo e incondicional amor, y la esperanza creció en mí; es una experiencia totalmente sublime. Sé que siempre guía mis pasos, que está conmigo día y noche, y que me escucha cuando lo necesito.

Dios es todo amor y nunca me dejará, sé que me ama y que siempre puedo confiar en Él, sé que no me responde con una voz audible, pero sí por medio de los seres que me rodean y me aprecian. Dios está en todas partes, escúchalo...

Mi vida parecía ser más tranquila y en la preparatoria el ambiente fue muy diferente al de las escuelas anteriores. Las amistades crecían, al igual que las envidias, pero yo seguía tratando de ser quien siempre quise ser: yo misma.

Siempre defendí mi lugar y mi postura, tal vez llegué a ser arrogante y le caí mal a muchos, pero no era mi intención. Ya me habían maltratado bastante y no permitiría que cualquiera lo hiciera de nuevo, claro que no.

Obtuve fuerza, aprendí a defenderme, a externar mi opinión y a

defender mis derechos, a usar todo mi coraje, a no quedarme callada para no ser pisoteada, pero no aprendí del todo a superar mis complejos, no los pude eliminar tan fácilmente, aún había secuelas.

Por fin logré reír a mis anchas, conseguí decir y hacer lo que quería cuando se me antojaba sin que nadie me recriminara y me señalara nada. No tenía millones de amigos, pero los que gané a lo largo de mi vida lo han sido de verdad y lo saben. Comenzaba a ser yo misma y les agradaba, pero lo mejor era que me agradaba a mí misma; por fin comenzaba a sentirme libre.

Tan es así, que en mi lucha por superarme y explayarme me atreví a hacer cosas que jamás me imaginé. Tuve la experiencia de pertenecer a un ballet folclórico, a pesar de no contar con el apoyo moral de mi familia; tuve el valor para matar mis ganas de bailar y salir adelante, poco después ingresé también a un grupo de teatro para perder mi vergüenza a ser vista, criticada y, al mismo tiempo, admirada y reconocida por mi talento y así realizar un poco mis sueños.

Entre luces de colores, sonrisas rozagantes, alegres melodías y gente en armónico movimiento, apareció ante mí un rostro sorprendido.

Cruzamos algunas miradas y un par de palabras; para mí no era muy agradable, incluso su presencia y su cercanía llegaron a molestarme, en cambio él parecía muy interesado. No sé cómo, pero sin pensarlo, esa persona ya era parte de mi vida. Logró llenar mi mirada con detalles y sorpresas (y no me refiero a cosas materiales), pero sobre todo hizo que mi corazón sintiera con su dulce amor.

Todo parecía ser bello en mi vida. Después de un tiempo a su lado, caminé por la calles con una sonrisa en el rostro, sentía levitar mis pasos, me encontraba realmente halagada, era para mí sorprendente, creí haber encontrado la recompensa a tanto dolor.

Durante dos años nos frecuentamos a escondidas. Además de dedicar mi vida a aquella persona, en nuestro noviazgo compartí mis más grandes sueños y mis más profundos secretos. Era maravilloso tener en quien confiar, con quien distraerme, sonreír y disfrutar mi

vida; me sentía muy bien con él, pero aun así fui realista y no idealicé un futuro entero a su lado. Sabía que algún día se terminaría, de cualquier forma.

Vivimos hermosas experiencias juntos, pero también hubo siempre algo extraño en él que aún no termino de comprender. A pesar de que demostrábamos querernos mucho, algo falló, tal vez me cegué. Yo lo sabía, pero no quise reconocerlo, o tal vez cuando menos lo pensé ya me encontraba contaminada de falsas ideas; además, siempre tuve mis dudas.

Era una persona un tanto reservada con su vida personal y familiar, y no es que yo fuera chismosa. Al principio de la relación lo justificaba porque llevábamos poco tiempo y creí que aún no existía la suficiente confianza, pensé que con el tiempo cambiaría, pero me equivoqué. Su recelo era tal que siempre omitía u ocultaba cualquier comentario, por más simple, común o importante que fuera, como “voy a llevar a mi abuela al médico”, o “se va a casar mi hermana”. ¿Por qué ocultar algo así? Si es algo tan normal, ¿por qué decirlo en el último momento o no decirlo sino hasta después? ¿Por qué no compartirlo? Es algo que nunca comprendí, pero mi paciencia fue muy grande a pesar de todo, o tal vez era por costumbre de estar siempre a su lado, no lo sé.

En una ocasión terminamos, y aunque al poco tiempo volvimos a estar juntos y todo seguía bien, ya no era igual. Es como cuando se rompe una figura de cristal: la puedes reparar, pero ya nunca se verá igual, queda astillada, al igual que el corazón.

Yo lo amaba con el alma, pero había un problema: me pedía que se lo demostrara. No acepté. Llegó a exigírmelo, a cada momento me atormentaba pidiéndomelo una y otra vez. Sentí una presión tremenda, pero no accedí. La relación cambió, mi confianza ya no era la misma, me preocupaba esa situación. Lo quería muchísimo, pero no era mi momento. No lo entendió. Yo estaba muy confundida, sólo tenía diecisiete años y no era mi prioridad, no lo tenía en mente, no era parte de mis planes, no podía permitir

que me obligaran. Todo comenzó a derrumbarse. Me sentía realmente mal, ¿cómo era posible desperdiciar una relación por tanta tontería?, qué tristeza.

La boda de su hermana se acercaba. Yo llevaba una buena relación con ella, siempre me pidió opiniones para la gran fiesta y se portaba muy amable (eso me asustaba). Su mamá tenía una mirada que imponía, que no inspiraba confianza o al menos así la sentí siempre. Ocurrían cosas extrañas en su familia y a veces no sabía qué pensar. De un día para otro pasaron de una humilde casa en un ejido a una enorme y lujosa casa en la ciudad, acompañada de un bonito auto, ¿y cuál fue la explicación a eso? Porque sí, todo es nuestro y no preguntes más. Qué impotente me sentí ante aquella situación, ¿cómo era posible que no tuviera derecho de saber algo tan común? Era desesperante, fui desplazada e ignorada, yo era su novia y no alguien que se topó en la calle.

¿Qué podía pensar? Mejor ni preguntaba, no me responderían, y si lo hacían, era con excusas tontas. Algo curioso es que él siempre quiso alejarme de su familia, no le gustaba que conviviera con ellos. La razón no la sé, como tampoco me explico en qué momento cambió todo, o por qué él cambio tanto, ¿qué pasó? ¿Por qué actuaba tan extraño? No lo sé, tal vez aún no superaba ciertas cosas de su pasado, tal vez quería evadir su realidad, aunque conmigo siempre se portó bien, era atento, amable, detallista y cariñoso, pero cometió un error...

Cometieron el error de engañarme. Todos lo hicieron, porque la familia entera lo sabía y nadie me dijo nada. Nadie me dijo que te-nía otra novia, una niña de catorce años (él era tres años más grande que yo) que ni enterada estaba, la pobre, de mi existencia. Insensiblemente nos engañaron a todos, a mí y a la familia entera de ella. Además, la niña era madrina de ramo para la boda, ¿cómo podía ser verdad tanta hipocresía?, ¿cómo se atrevieron a cometer tal vileza? Me sentí terriblemente traicionada y humillada una vez más.

No podía concebir tanto dolor, estaba destrozada. Lloré inconteniblemente por días enteros, pasé eternas noches de insomnio cuestionándome siempre por qué sucedía todo esto. Era increíble, inconcebible para mí. Después de aquello nos hicimos mucho daño, y por mi mente pasaba una y otra vez la pregunta: ¿cómo era posible que dos personas que se amaron tanto terminaran odiándose así? Por fin me di cuenta de que jamás lo sabría y tuve que resignarme.

No todo terminó ahí, pasaron muchas cosas más. Después me siguió buscando, pero no tiene caso comentarlo, yo no daría vuelta atrás, no permitiría una humillación más, todo estaba terminado.

Mi refugio y desahogo a tanto dolor fue dibujar, escribir y escribir. Trataba de borrar muchos de aquellos momentos, buenos y malos, intenté distraerme con cualquier cosa, omitía verlo, recordarlo, pero fue imposible. Descusbrí o me resigné a que jamás se borrarían los recuerdos de mi mente, aunque ya no lo recuerdo igual. Con los años aprendí a dejar de odiarlo, a no sentir desprecio por él, aunque no puedo amarlo. De lo que sí estoy segura, es de que lo llevaré por siempre en algún lugar de mi corazón y de mi mente, porque, le pese a quien le pese, fue alguien muy especial para mí, muy a pesar de todo.

Otro gran escape fue el teatro y la actuación, descarga de energía y de emoción, enseñanza y aprendizaje, risas y diversión; me sentía plena.

Formábamos un gran grupo: personas de uno y otro género y de edades muy diversas, desde los quince hasta los treinta años, organizados como un excelente equipo. Presentamos obras sorprendentes, como Otra vez octubre, Entre las sombras la Muerte, La pastorela moderna, entre otras. Descubrí y comprobé en mí grandes potenciales y dotes que jamás imaginé. Además, creí encontrar a una incomparable amiga, pero una vez más me equivoqué.

Me sorprendían sus grandes atenciones, lo comprensiva y dádiva que era, lo demasiado espléndida, incluso me invitaba al cine y a comer (o cualquier cosa que ella supiera que me encantaba),

aunque no tuviera para comer al día siguiente; todo me lo daba. Eran tan admirables sus cuidados que comencé a sentir incomodidad, pero al mismo tiempo me decía: ¿cómo puedo pensar mal de tan buena amiga?

Jamás pasó por mi mente que mi gran confidente pudiera traicionarme, de manera que mientras le compartía algo sumamente importante para mí, ella planeaba una mentira más para envolverme y llamar mi atención, inventando situaciones complicadas en las que involucraba a personas significativas para mí y así mantenerme pendiente de ella.

Todo era muy contradictorio, porque además trató de conquistarme por internet disfrazando su identidad, enviándome poemas, bonitos pensamientos, hasta lograr asustarme, porque siempre describía lo que yo hacía o decía; cada paso que daba lo sabía, incluso llegó a inventar escenas eróticas conmigo. Era demasiado grotesco para mí. Vilmente me espiaba, me hostigaba y me lo hacía saber ocultándose tras un supuesto admirador secreto por medio de correos electrónicos. A diario me enviaba uno o varios, y yo no me daba cuenta de que era ella. ¿Cómo pudo ser tan hipócrita, si yo le contaba todo lo que el tipo atormentado me escribía y ella reaccionaba y actuaba igual de sorprendida que yo? Más falsa no pudo ser.

Jamás me dijo nada directamente, y yo no me atrevía a mencionarlo porque ella disimulaba muy bien. Además, no tenía evidencias contundentes para probarle que sabía que era ella quien me hostigaba, que la que creí mi mejor amiga resultó ser una lesbiana que me acosaba sexualmente. Aún me pregunto: ¿por qué no respetar mis preferencias, si a mí no me agradaban esas cosas y ella lo sabía?

Una noche finalmente fuimos a una disco (llevándome contra mi voluntad) y estalló la bomba. Cometió la estupidez más grande al hacerme creer que le habían robado la bolsa de mano mientras yo bailaba con un chico. Pretendiendo ingenuidad me dijo: "A ti también te la robaron". Era inconcebible que dijera eso. Si yo era su amiga y ella cuidaba mi bolsa, ¿cómo permitió que se la robaran y, además,

no me avisó en el momento?, ¿cómo se quedó tan tranquila? No le habían quitado un chicle, ¡eran mis pertenencias!

Esa noche hice el coraje de mi vida, me dieron ganas de gritarle en su carota, ¡estúpida, falsa, traicionera!, ¿cómo no me alejé de ti antes?, ¿cómo permití que llegaras a estos extremos? Todo para llamar mi atención, porque sabías que me estaba alejando de ti, que ya no era la misma amistad, pero no pude, no se lo dije.

Lloré y grité en la disco del coraje incontenible que sentía, pedí a los guardias que buscaran mi bolsa por todo el lugar. Estaba realmente desesperada, tanto, que no me di cuenta de que el chico con quien había estado bailando seguía a mi lado, a pesar de todo no se separó de mí, siempre estuvo al pendiente, incluso sin saber realmente nada de lo que sucedía se ofreció a ayudarnos y llevarnos a nuestra casa. Me sorprendió su amabilidad y paciencia al presenciar todo el drama que había hecho y sin conocerme.

Tres días después mi supuesta amiga llamó por teléfono a mi casa diciendo que le habían llevado las bolsas a su casa. ¿Quién se puede tragar ese cuento?, ¡qué porquería! Jamás volví a dirigirle la palabra. No permití que se burlara así de mí, todo aquello fue aberrante, inconcebible.

Cursaba mi segundo año de universidad, en la licenciatura en ciencias de la comunicación, y la relación con mis compañeros era muy buena. Me divertía mucho, solía reír a diario, y con ello nacieron nuevos y verdaderos amigos, compartíamos experiencias y convivíamos mucho; de vez en cuando salíamos a pasear.

En una ocasión planeamos una ida al cine e invité al chico amable de la disco. Aunque no lo mencioné antes, me había deslumbrado con su sonrisa, independientemente de sus atenciones, me encantó y nos seguimos frecuentando. Solíamos recordar aquel desagradable suceso y reírnos de la noche en la disco y de lo inesperado del destino, de la forma tan curiosa en que nos conocimos. Aunque no lo decíamos, pensábamos en lo mucho que nos gustamos mutuamente desde el primer momento en que nos

vimos, era como conocernos desde hacía tiempo, nos agradábamos bastante.

La película terminó. Como de costumbre, en la sala del cine nos reímos como desquiciados, entre amigos siempre disfrutábamos cada instante. De regreso sólo quedábamos él y yo en el auto de un amigo. Íbamos platicando muy amenamente, cuando me robó un beso de repente. Me quedé estática. Jamás lo imaginé, pero me encantó. Me le quedé viendo interrogativamente y al momento dijo: "Me gustaría que fuéramos novios, ¿y a ti?" ¡Wooow! No lo podía creer, y claro que acepté.

Desde aquel momento me sentí más viva que nunca, realmente me escuchaba y me tomaba en cuenta, y a pesar de ser muy diferentes, nos complementamos bastante bien. Con el tiempo nos tuvimos más confianza y llegamos a querernos muchísimo, salíamos a divertirnos con frecuencia, compartíamos mucho tiempo juntos, convivíamos cada quien con la familia del otro, todo era genial, no podía ser mejor, pero por mi mente se cruzaban muchas dudas e inseguridades por lo ya vivido. Me decía: ¿por qué tiene que ser igual? Claro que no sería así, pero mi miedo seguía, mi gran miedo a sufrir una vez más.

Todo entre nosotros era casi perfecto, compartíamos un enorme cariño, además de mucha confianza, atención, respeto, dedicación, comprensión, entrega y mucho amor, algo que es difícil de obtener y fácil de perder.

Hubo pequeños, pero importantísimos obstáculos; también malos comentarios, rumores que me hacían dudar, inútiles discusiones diarias, disparidad en algunas cosas tal vez, distanciamientos obligatorios por largos lapsos que pudieron debilitar nuestra relación, incluso problemas familiares muy fuertes, pero aun así manteníamos la paciencia y la comprensión mutua, tratando de hacer las cosas lo mejor posible, sobre todo comunicándonos y expresándonos mucho el uno con el otro.

Definitivamente un ser hermoso llegó a mi vida para hacerme

cada día más feliz, para sonreír lo no sonreído, para disfrutar lo no disfrutado y para sentir el amor que poco había sentido para compartirlo todo. Sin duda, alguna somos “la casualidad que estábamos esperando” para convertirla en algo hermoso.

Si yo pensaba que ya había sufrido, llorado o sentido bastante dolor y vacío en mi corazón, estaba equivocada. Algo espantoso me sucedió cuando menos me lo esperaba, pero quizá fue en el momento adecuado; lo ya vivido fue para obtener fuerza y soportar algo realmente doloroso, tal vez por eso aquel ser tan hermoso llegó tan de pronto a mi vida, porque sola no lo hubiera soportado.

Una tarde fresca de abril del año 2005 todo parecía normal, tenía una cita pendiente y una pequeña preocupación giraba en mi cabeza, no quería pensar en ello, intentaba evitarlo, pero era inútil, mi corazón tenía un presentimiento y mi razón no lo aceptaba.

Las horas pasaban y yo seguía sentada en la asfixiante salita de espera, afuera de un quirófano de alto riesgo donde las personas llegaban y me cuestionaban. Cansada de tanto interrogatorio y presiónada por no saber nada tampoco, sentía que el aire me faltaba cada vez más, la garganta cerrada, la boca seca y mi voz quebradiza y sin fuerza delataban mi angustia.

Opté por salir del cuarto hacia un pasillo-terraza del sexto piso. La noche había llegado y cada vez hacía más frío. El viento se tornaba salvaje, fuerte, atroz, me estremecía, la piel se me erizaba y mi corazón latía con mayor intensidad al paso de cada instante.

Parecía que mi cabeza iba a estallar. La ansiedad y la incertidumbre me estaban destrozando, acababan con mi paciencia y mis nervios estaban a flor de piel. Esta vez, sin embargo, no me sentía tan desamparada porque no estaba sola, un hermoso ser me hacía compañía, con sólo su presencia me brindaba ánimos y fuerza. Cruzábamos algunas palabras y volvían los silencios es-truendosos, seguidos de un “¿estás preocupada, verdad?, todo saldrá bien”; él hacía lo que podía, pero yo sabía en mi interior que no estaba bien.

Las horas seguían pasando, todos en la sala estábamos desespe-

rados e intranquilos por saber qué sucedía, cómo se encontraba. Las enfermeras y demás personal salían apresurados y regresaban con bolsas de sangre y medicamentos; era impresionante y más nerviosa me ponía, por poco y suelto el llanto, pero me contuve.

En cada rostro se podía ver la preocupación, pero en mi corazón existía una angustia tremenda, sentía desmayarme. Sentada en el piso de la azotea fría, acompañada de mi amor, sentía su cuerpo cálido a mi lado y me reconfortaba, pero no era suficiente, porque detrás de la pared de cristal podía verlos a todos, y a cada segundo volteaba para ver qué sucedía.

De pronto salió el médico del cuarto de cirugía. Rápidamente me puse en pie y entré a la sala de espera. Todos tenían la mirada fija en él, muy atentos a lo que decía. No sé si hubiera preferido no escucharlo, sus palabras no fueron muy alentadoras, al contrario, alarmaron todo mi cuerpo y mi ser, quedé helada, los ojos estáticos y mi corazón se estrujaba cada vez más, lo sentí como una pasita, casi desaparecía, seco y arrugado por tanto dolor.

Lo que de su boca salía no lo podía creer ni aceptar. Fue demasiado: "La cirugía fue extremadamente complicada, muy delicada. Se desangró muchísimo, no pudimos extraer todo. Tuvimos que dejar el cuello de la matriz. Ustedes estaban tranquilos aquí afuera, pero lo que sucedió ahí dentro fue terrible, estuvo a muy poco de morir y ahora sólo hay que esperar lo que sucederá, porque no está del todo bien, sigue corriendo riesgo".

Sus ojos se llenaron de lágrimas al dar esa información tan atroz, pero lo que sentí fue inexplicable (un silencio amordazado inundó el espacio, todos pasamos saliva con gran dificultad).

Me levanté aterrorizada en cuanto el médico dejó de hablar para desaparecer en el elevador. Rápidamente salí al pasillo frío y turbulento, me quedé viendo hacia lo lejos la ciudad bellamente iluminada. Estaba pasmada, realmente no apreciaba nada de lo que veía, me encontraba en shock. Es una sensación indescriptible, jamás sentí algo tan horrible. Por mi mente pasaba lo peor: ¡mi madre se

está muriendo! ¡Por poco la pierdo! ¡Tal vez no tengo idea del tiempo que nos queda juntas!, cada milésima de segundo en esos momentos era valiosísimo, tenía que verla ahora mismo. Nunca sentí tal desesperación, tristeza y dolor, no lo podía concebir.

¿Cómo era posible?, no me percataba de ello, pero cuando mi amor me abrazó, pude sentir cómo todo mi cuerpo temblaba del miedo y del impacto, mi llanto era contenido, lágrima tras lágrima corrían hasta perderse en mi cuello. No lo aceptaba, no podía permitir que mi madre muriera, pero nada podía hacer, sólo pedirle a Dios por ella, por su salud y bienestar.

Mi llanto no cesó y recordé con gran fervor a un gran amigo. Admirada por su fortaleza al comparar su situación con la mía, me preguntaba: ¿cómo puede ser que él tenga tanta fuerza? Me pregunté en voz alta, era sorprendente, admirable, ya que hacía poco tiempo que perdió a su madre y se veía tan bien, la recordaba con tanta tranquilidad...

Duré un buen rato llorando, escuchaba palabras de consuelo, pero no las podía comprender ni aceptar, me encontraba realmente mal.

¿Y mi padre? Bien, gracias. No contaba con su presencia. Ya hacía rato que se había ido. Cómo me hubiera gustado que escuchara al médico y la intensidad y sentimiento con que nos dio la noticia, para que sintiera un poquito lo que yo sentí, y ver si así se conmovía un poco.

Por fin me calmé, pero seguía asustada. Tenía que verla viva para quedar tranquila. De pronto salió una camilla del quirófano y entró al elevador: ¡era ella! Bajé las escaleras corriendo para encontrarla, llegamos al segundo piso casi al mismo tiempo. ¡Mi madre! ¡Era mi madre! ¡Viva y con sus ojitos abiertos! No lucía muy bien, pero estaba viva, gracias a Dios, espero y así siga. La besé en la frente y en la mejilla del gusto que me daba verla, no pude pronunciar palabra alguna, contuve mi llanto...

Se la llevaron por un largo pasillo y me quedé viendo cómo se alejaba. Todo fue demasiado. Mi amor a mi lado, como siempre.

“Espera un momento”, dije, y fui a su cuarto a verla de nuevo y a hablar con ella. Impresionada y contenta de lo bien que se veía, a pesar de todo. Me despedí y me fui a casa.

Calmantes para dormir y un fuerte abrazo para apaciguar mi gran tensión. A la mañana siguiente el teléfono sonaba y sonaba, y yo contestaba conteniendo el llanto, ¿por qué me tenía que tocar la peor parte?

Durante días me encontré en el maloliente hospital al lado de la camilla donde estaba mi madre, contemplando su cara y su aspecto minuto a minuto. Me moría de hambre, mi cabeza casi estallaba por permanecer tanto tiempo encerrada —sufro de claustrofobia—, pero seguí ahí, y sólo puedo decir que fue demasiado...

De vuelta al presente mi estado de conciencia regresa. Aún me escurre el agua por el rostro y el cuerpo, mis zapatos destilan, reacciono y apresuradamente toco la puerta. Mi madre me recibe con gran aspaviento al verme empapada, le doy un enorme abrazo y beso en la mejilla.

Regreso de la universidad con gran entusiasmo, ya que en mi clase de publicidad un maestro me dio la noticia de que se abría un certamen para “Mujeres que se atreven a contar su historia”. Motivada y decidida llegué directamente a escribir, al tiempo que escucho el tlin, tlan de las gotas al caer.

Hoy mi vida esta llena de sueños y metas por cumplir, tengo muchos deseos de triunfar en mis propósitos. Muy a pesar de la incógnita de lo que sucede dentro del cuerpo de mi madre, sigo adelante, luchando para no pensar en ello y no deprimirme, ya que realmente no sabemos lo que pueda pasar. Tengo que soportar la negligencia del médico que, en vez de tratar de ayudarla, dijo que no podía arriesgarse de nuevo a la posibilidad de perderla y que mejor la daba de alta. Día a día lucho por ser mejor, por no caer en mis complejos nuevamente, por sentirme bien y escapar un poco de mi realidad, por disfrutar mi vida, pues ya aprendí que sólo hay una, aunque en ocasiones se me olvide. Ése es mi mayor reto,

ser feliz y hacer feliz a los que me rodean, pero también conseguir una beca para que el gasto sea menos pesado para mis padres.

Mi realidad ya no es tan mala como antes. Ha habido algunos cambios en el carácter de mi padre, ya platica o sonrío de vez en cuando y la situación es un poco más amena, pero no deja de ser difícil (quién dijo que lo bueno era fácil).

Aún está conmigo ese ser hermoso que deseaba encontrar, querer y adorar, el ser que me ha acompañado en los últimos años de mi vida y que me hace sonreír a diario. Tal vez no comparta mi vida entera con él, pero le agradezco eternamente el haberme apoyado en momentos tan difíciles y que día a día me regale su sonrisa para darme ánimos; soy dichosa porque nos encontramos y permanecemos juntos, aprendiendo uno del otro.

Tengo grandes amigos que a diario me hacen un poco más feliz, me brindan todo su cariño, comprensión y alegría, al igual que su incondicional apoyo.

Muchas gracias a todos por enseñarme a vivir, a soportar y a valorar; mi corazón y mi entereza es más fuerte gracias a mis padres. Los quiero mucho, pero sobre todo hay una personita a la que adoro y que es la que me ayuda a conservar mi buen humor y un poco de inocencia, gracias hermano.

Mis ganas y mi coraje para superarme son cada vez más sólidos gracias a la madurez que he obtenido a lo largo de mi vida, y sé que Dios tiene preparado algo muy especial para mí, por ello tuve y tengo que aprender a vivir, para así soportar y valorar lo que venga.

Tal vez todo sería diferente si estuvieras conmigo, tal vez el sufrimiento hubiera sido menos, tal vez no, pero por algo estás donde estás. Sé que paso a paso me cuidas y me proteges desde el momento en que llegué a este mundo, eres el ángel que guía mis pasos y tengo la esperanza de que algún día me encontraré a tu lado. Siempre te llevo dentro y siento que eres parte mía, que vives dentro de mí. Eres mi inspiración...